RESEÑAS

ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ ΑΦΡΟΔΙΣΙΕΩΣ ΠΕΡΙ ΤΗΣ ΕΙΜΑΡΜΕΝΗΣ,
Alejandro de Afrodisia, *Sobre el destino*, 2009, México, UNAM,
Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana, intro-
ducción, traducción y notas de José Molina Ayala y Ricardo Salles,
CXIV + 75 pp.

RECEPCIÓN: 20 de enero de 2010.

ACEPTACIÓN: 7 de febrero de 2010.

¿Qué es el destino?

224 Durante milenios, al ser humano le ha obsesionado este concepto, revestido de poder y misterio, cuya invocación ha sido enunciada con distintas palabras: Destino, Moira, Daimon, Fortuna, Hado, Estrella, Fatalidad, Naturaleza, Suerte, Providencia; y sin embargo, no dejan de ser eso, palabras, intentos de asimilación o comprensión, tal vez para conjurar el arcano. La palabra ‘destino’ encierra un poder verdadero, operante, al grado que se pensó en la divinidad, un dios, *el* Dios. Destino es diferencia sustancial, ontológica: sintetiza la impotencia del hombre ante la fuerza, cósmica, de una potencia sin rostro. Incógnito, no cabe en una definición, a ciencia cierta, por sus causas. ¿Es el Destino causa?

El origen de la palabra, en griego del verbo μέτρομαι, hace referencia a lo que toca a cada uno de un todo, la parte correspondiente, acción de dividir; más tarde, y en forma impersonal, señala aquello decretado por destino. ¿Es sólo una designación, un nombramiento, o por medio de tal recurso intentaban significar algo tal vez más alto? Desconcertante por ineludible, el destino parece, por lo tanto, cruel, y por ello se le solía hacer responsable, culpable o causa, de acciones que escapaban al control humano. De esa forma, se particularizó como divinidad, ο δαίμων, poder divino que controla el porvenir de los hombres; por ejemplo, lo consigna el lírico arcaico

Anacreonte, cuando registra los lamentos desesperados de una mujer (Anacr., 72 G):

Pensamientos lastimeros oigo
que tiene esta célebre mujer
y que a menudo esto dice
culpando al destino:

¡Qué bien habría yo estado, madre,
si, llevándome, me arrojaras
al inexorable mar que bulle
de olas tornasoladas!

Más adelante, tal divinidad se personificó como el Destino, ἡ εἰμαρμένη, y en cambio, el *daimon* se convirtió en algo menor, espíritu o ser semi-divino, genio bueno o malo. La forma en que lo nombraron fue quizá un ensayo para comprenderlo, asirlo o controlarlo, pero esta fuerza universal no estaría nunca sujeta al control del hombre. Por mencionar cómo en distintas épocas se siguió percibiendo dicha potencia como rectora ineluctable de nuestro sino, en el medioevo escribieron autores anónimos estos conocidos versos: *O Fortuna / velut luna / status variabilis, / semper crescis / aut decrescis; / vita detestabilis*; y, ya en pleno apogeo del teatro isabelino, el grito exasperado de Romeo cuando da muerte, sin querelo del todo, a Tibaldo, que resume nuestra vulnerable condición: “O, I am Fortune’s fool!” (*RJ*, III,1).

Pero, en definitiva, el destino, ¿qué es? Resulta, en fin, una pregunta perenne, por irrevocable, presente siempre a lo largo de la vida del hombre, de los hombres. ¿Cómo han respondido a ella los distintos tiempos, las épocas? Evidentemente, de forma diversa; pero es sin duda importante señalar que la respuesta a esta interrogante vital ha encontrado distintos énfasis, de los cuales los más intensos se han producido probablemente en épocas de crisis, lapsos en que se busca especialmente un sentido con necesidad imperativa: no es lo mismo, vimos, el destino en la Grecia homérica, asimilado a los dioses, pero escondido en la idea de Ananke, diosa sin forma; no se comprende de la misma manera ya en Sófocles; tampoco lo será cuando el hombre, lleno de orgullo y desbordado el ánimo, pretende liberarse y exclame, como Henley en *Invictus*: “I am the master of my Fate: I am the captain of my Soul”; y, por supuesto, tampoco en nuestros días, tiempo de cambios hondísimos, caída de los macrorelatos: más fácil pensar, en ausencia de Dios y de sentido, en las estre-

RESEÑAS

llas, por ejemplo, pues ellas regirían nuestros destinos según sus posiciones en la bóveda celeste: la Nueva Era, en este sentido, alivia porque entrega nuestra libertad a los astros, debido a lo cual estaríamos libres de toda responsabilidad.

Del tema al autor o del autor al tema, prefiero lo primero porque no soy filósofo, ni especialista en la época helenística, compleja y abigarrada, durante la cual se buscó con ahínco una respuesta frente a esa perenne pregunta: todo había cambiado. El hombre griego hacía descansar la mayor parte de su identidad en la pertenencia a una *polis*; desde el triunfo de Filipo II hasta ya entrado el Imperio romano, los griegos buscaron una nueva brújula y surgieron narraciones de sentido que otorgaron guías más o menos seguras para transitar la vida. Estoicismo y epicureismo, neoplatonismo y cristianismo (y, en cierto sentido, incluso el cinismo) fueron grandes esfuerzos de acercar certezas; en particular, es buena ocasión para reflexionar al respecto siguiendo la conducción de Alejandro de Afrodisia, quien procuró dilucidar los elementos principales de la doctrina acerca del destino y de lo que del hombre depende, pues, según él, “si opinamos conforme a esta doctrina seremos piadosos con los dioses, sabiéndonos agradecidos con ellos por ciertas cosas buenas que ya hemos experimentado por su obra, y pidiéndoles otras dado que ellos tienen el control de darnoslas o no”. Pero añade más adelante, y es digno de destacarse, “que también tomaremos cuidado de la virtud dado que nosotros mismos tenemos el control de volvernos mejores o peores”; en el fondo, Alejandro escribe por una razón: para mostrar “que sólo pareceremos estar haciendo razonablemente todas las demás cosas que hacemos en la vida si explicamos sus causas”. La sombra de Aristóteles, por cierto, no dejará de estar presente a lo largo de la obra.

Este libro escondía una respuesta posible, una aclaración esforzada aunque, según los autores, incompleta. Y digo escondía porque, gracias a José Molina Ayala y a Ricardo Salles podemos conocerla, y hacerlo a cabalidad porque puedo dar fe de que ambos se ocupan de estos temas desde hace ya quizá más de una década. Recuerdo haber asistido, hace ya muchos años, a una serie de lecturas capitaneadas por el entonces flamante doctor Salles y conducidas, en lo que al griego se refiere, por el entonces casi licenciado José Molina. No permanecí en dicho grupo, ya que me incliné hacia la poesía arcaica, pero ellos siguieron trabajando juntos. Uno de los frutos de esa labor es este nuevo volumen publicado por la Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana.

Después de una semblanza sobre Alejandro de Afrodiasias, el estudio se divide en dos partes: la relación que guarda el texto con el determinismo antiguo (pp. XXV-XLVI), por un lado, y por el otro, un análisis de la argumentación y la retórica en el tratado (pp. XLVII-LXIX); la segunda, en particular, es sumamente original, ya que indaga la relación que existe entre retórica y filosofía, y que parte de la oportuna pregunta: ¿en este tratado, cuál de las dos tiene la preeminencia? Nos dice José Molina que de hecho se trató de “poner la retórica al servicio de la filosofía [...] En realidad, filosofía y retórica en esta obra no se excluyen”; el análisis ofrece con claridad la estructura de *Sobre el destino*: “La primera parte se ocupa de la tesis aristotélica sobre el destino; por su carácter universal, es razonablemente breve. La extensión de la segunda parte, se explica por el hecho de que la *κατασκευή** refuta las objeciones y argumentos particulares de la tesis determinista [...] la conclusión es un resumen positivo de la doctrina positiva de lo que depende de nosotros”.

Pero, ¿en qué radicaría nuestra libertad o libre albedrío? Parece ser que precisamente en lo que depende de nosotros: virtud, carácter, méritos y culpas, premios y castigos, deliberación, libertad, lo voluntario. Responsabilidad.

Es importante subrayar lo anterior, esto es, el hecho de que Alejandro mencione el tema del tratado con el binomio “destino” y “lo que de nosotros depende”, ya que algunos identificaban al destino con la necesidad y caían en un determinismo; contra ellos escribe, pues piensan que todo sucede sin que el hombre pueda hacer nada. En particular, ataca a las tres formas fundamentales del determinismo: el megárico, el fatalismo trascendente y el estoico; de ello, Ricardo Salles nos informa con precisión y claridad; por ejemplo, al diferenciar a los dos primeros del tercero, y al analizar que, en cuanto a este último, puede también aceptar cierto compatibilismo, es decir, puede haber destino y, al mismo tiempo, responsabilidad.

No hay que olvidar ni que se escribe a finales del siglo segundo y principios del siglo tercero, ni que el autor es el heredero del pensamiento aristotélico, llamado por ello “el Exégeta”. Dedicado como ofrenda a Severo y Antonino, “excelsos emperadores” que honran y promocionan genuinamente la filosofía, el libro “contiene la doctrina que acerca del destino y de lo que depende de nosotros posee Aristóteles”, pues “la utilidad que se desprende de ella está en todas partes y se extiende a todas las cosas”. Las

* Prueba con que se confirma una doctrina, que en este caso será una ejercitación, una forma particular de *χρεία* o utilidad; en definitiva, es la composición retórica de un tratado filosófico.

RESEÑAS

múltiples interrogantes que pueden surgir hallan respuestas posibles en este tratado; ¿el destino es una causa física o moral? Ésta es, quizá, una de las cuestiones que el autor resuelve y que no carece de importancia.

Unas palabras sobre la traducción; como es costumbre y norma de esta colección universitaria, se ofrece el texto griego y una versión castellana, así como sendas notas; en este caso, sin alejarse del espíritu del griego, la versión consigue reflejar un tono propiamente retórico y filosófico, pero sin forzar las estructuras sintácticas de nuestra lengua, de tal modo que la lectura, sin ser sencilla por la naturaleza misma del tema, es sumamente accesible para quien quiere acercarse al tratado con atención. Consistente en la traducción de los términos filosóficos, alcanza la elegancia que una traducción literal no lograría.

No me queda sino felicitar a los investigadores por su labor y esperar que este libro tenga un destino fausto: que sea leído y disfrutado porque nos hermana, en su búsqueda de respuestas, con los hombres que hace dos milenios sintieron, tal vez, inquietudes parecidas a las nos apremian hoy.

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México